

Ricardo Gutiérrez Mouat*

⇒ Postdictadura y crítica cultural transatlántica

I. Estudios transatlánticos y estudios culturales

No hay todavía, en el campo del latinoamericanismo, una colección de ensayos transatlánticos parecida a las recientes recopilaciones de ensayos de estudios culturales, lo cual es extraño porque los estudios transatlánticos son una dirección implícita de los estudios culturales latinoamericanos. Y digo “implícita” porque no figuran referencias explícitas a esa ingente área de estudios en ninguna de las recopilaciones culturalistas. Entendemos que los estudios transatlánticos no son necesariamente culturales ni se refieren exclusivamente al área ibérica o hispana (como lo demuestran las publicaciones del Maastricht Center for Transatlantic Studies) pero se ajustan bastante al programa de los estudios culturales latinoamericanos, como podemos deducir de algunas precisiones hechas al respecto por los diversos editores de las recopilaciones mencionadas. Por ejemplo, algunos de los rasgos que caracterizan el actual culturalismo latinoamericano –tales como la variedad temática y metodológica de los acercamientos, los cruces transdisciplinarios y la crisis de los grandes paradigmas (Moraña 2000: 9)– podrían movilizar también un proyecto crítico transatlántico. Abril Trigo, por su parte, nos recuerda que los estudios culturales latinoamericanos se constituyen como un diálogo conflictivo con una serie de discursos teóricos y metodológicos europeos, incluyendo los estudios culturales británicos, que fueron los pioneros de un área cuyo alcance es en la actualidad global (Trigo 2004a: 3). Es decir, que el culturalismo latinoamericano lleva ya implícito un componente transatlántico.

Pero es el tema de la globalización el que vincula con mayor insistencia los estudios culturales y los estudios transatlánticos tal como existen en la actualidad. Moraña reconoce que “las relaciones entre globalidad y regionalización” (Moraña 2000: 9) constituyen uno de los grandes núcleos temáticos de los estudios culturales latinoamericanos. Anderson y Kuhnheim implican algo parecido: “Students today are increasingly aware of their position as global citizens, and cultural studies encourages them to think across boundaries –both national and disciplinary– and to make theoretical and practical connections among conventionally disparate categories” (Anderson/Kuhnheim 2003: 9). Y Trigo confirma que una de las tendencias más marcadas de los estudios culturales de

* Ricardo Gutiérrez Mouat es profesor en el Departamento de Español y Portugués de Emory University, Georgia; es autor de dos libros: José Donoso: impostura e impostación y El espacio de la crítica: estudios de literatura chilena moderna. Ha publicado ampliamente en revistas (Revista Iberoamericana, Hispamérica, MLN, PMLA, Inti, entre otras). Correo electrónico: rgutier@LearnLink.Emory.Edu.

principios de los años noventa fueron los estudios culturales “transnacionales” con énfasis en el multiculturalismo y en los efectos de la globalización (Trigo 2004b: 348).

Los especialistas europeos en estudios transatlánticos no disimulan la relación constitutiva entre estos últimos y la globalización. Paul Giles, por ejemplo, afirma que “Transatlantic Studies might be said to situate itself at that awkward, liminal place where the national meets the global. In this [...] it offers a more materialist counterpart to contemporary discourses on globalization” (Giles 2000: x). Susan Castillo, por su parte, acude a un conocido concepto de Mary Louise Pratt y se refiere al mundo atlántico como una “zona de contacto” entre diversas culturas donde las ideas e identidades se imbrican y rearticulan en un proceso dinámico que hace perder su unidireccionalidad a los flujos hegemónicos (Castillo 2000: XIII). Y Kaufman y Macpherson afirman que los estudios transatlánticos son una reacción en contra de los límites disciplinarios y geográficos impuestos a las áreas de estudios tradicionales: “Transatlantic Studies found its basis in more localized area studies such as American Studies, but grows out of the bounded nature of such disciplines. It reflects the momentous shift towards some sort of ‘globalization’ in thought that the new millenium has provoked” (Kaufman/Macpherson 2000: XIV).

La globalización, por supuesto, es un fenómeno notoriamente contradictorio que se ha leído de modo apocalíptico y utópico a la vez. Aquellos que le atribuyen la capacidad de promover proyectos como los estudios transatlánticos se cuidan mucho de definirla de modo pluralista: “In his plenary address at the Transatlantic Studies conference [...] [Paul] Giles offered his own definition of the field as one which is ‘cutting across established disciplines and geographical areas, not as seeking in a globalizing way to transcend difference or local particularity, but to look at them as from an unfamiliar perspective’” (Kaufman/Macpherson 2000: XIV). Aunque no basta con esgrimir el concepto de diferencia para exculpar a la globalización de sus tendencias niveladoras (la diferencia en sí puede ser administrada e integrada a la lógica del mercado y el consumo), entendemos esta admonición programática como una advertencia al tratar el tema de la postdictadura, tema que puede servir –justamente– para nivelar diferencias de orden histórico y político cuando se lo transfiere de un contexto nacional a otro, máxime cuando el lugar de enunciación de buena parte de la teoría postdictatorial es *extraterritorial*, es decir, el territorio de las instituciones académicas norteamericanas.

La legitimación de un lugar extraterritorial o transnacional desde el que se habla de otros lugares e historias es en sí mismo un efecto de la globalización, que al reorganizar los campos del saber y las fronteras disciplinarias crea conflictos entre los críticos que viajan y los que se quedan en casa. Fue una breve intervención de Antonio Cornejo Polar (1997) la que perfiló las contradicciones entre un latinoamericanismo “vernacular” y uno metropolitano. Dentro del latinoamericanismo, esta división de las aguas se explica por el acercamiento a los Estados Unidos de los estudios latinoamericanos en la década del noventa, lo cual es el resultado de fuerzas globales:

The expansion of the Spanish language market, alongside an unprecedented migration of Latin American academics to the United States during the 1970s and 1980s led to a dramatic growth of Latin American programs. Latin American studies, which had promoted, in the framework of Cold War area studies, the functionalist ideology of developmentalism, simply became obsolete with the fall of the Berlin wall and the final shift from international geopolitics to transnational globalization (Trigo 2004b: 347).

Estos cambios infundieron un gran dinamismo al latinoamericanismo contemporáneo, pero también profundizaron la división entre investigadores “locales” y metropolitanos. Curiosa o no tan curiosamente, el mismo tipo de escisión entre una variante doméstica y otra internacional o global se da dentro del *hispanismo*: “while Hispanism in Spain relies on philological methods which are rooted in positivism, Spanish criticism in the United States is methodologically more pluralistic, and the two discourses are growing further and further apart...” (Hart/Young 2003: 2). Se puede dar el nombre de estudios culturales a la forma hegemónica que el *hispanismo* ha asumido fuera de las fronteras peninsulares.¹

Sin duda que la globalización, que no se puede considerar un proceso uniforme de difusión planetaria, promueve desfases entre investigadores locales y metropolitanos, sobre todo en una región empobrecida como la América Latina. Pero esto no justifica enarbolar la tesis –como lo hace Trigo (2004a: 5)– de que en la América Latina ha existido una tradición autóctona de estudios culturales desde los tiempos de Sarmiento y que sólo a partir de los años ochenta (1980) recibe su nombre adecuado. Es cierto que Sarmiento fue autodidacta y que mezcla los géneros en sus libros más importantes pero no consta que esa mezcolanza sea equivalente a la variedad metodológica y pluralismo teórico que caracterizan a los actuales estudios culturales latinoamericanos. Quedémonos con Sarmiento un momento más, sin embargo, para insistir, aunque sea emblemáticamente, en la posibilidad de entreverar los discursos vernaculares y los metropolitanos en el caso específico de la crítica postdictatorial. La figura del espectro se ha impuesto en esta crítica (sobre todo a partir de cierto libro de Derrida) para representar la oscura incidencia del pasado en el presente. Jo Labanyi se pregunta específicamente qué hizo la sociedad española con los fantasmas de la historia en el momento de la transición, cuando la nación quería proyectarse hacia una modernidad impedida por el cuerpo agonizante de Franco, y afirma que los fantasmas pueden ser negados, prestarse a la *catexis* melancólica o reconciliados, y que sólo esta última solución es verdaderamente histórica. Pues bien, no es ocioso observar que el primer gran ensayo latinoamericano sobre la dictadura y la violencia política –el *Facundo*, de Sarmiento– comienza con la invocación a un fantasma: “¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo!”. Ni que una de las novelas determinantes de la modernidad literaria latinoamericana –*Pedro Páramo*– puebla su espacio narrativo con los espectros que sembró la violencia del caudillismo. ¿Son estos textos vernaculares o metropolitanos, habida cuenta de que se refieren a lugares específicos pero que discursivamente tienden a la modernidad? La pregunta resulta improcedente y las opciones maniqueas.

En el contexto de la crítica postdictatorial la globalización tiene otras dos proyecciones de importancia. Una de ellas se puede formular provisionalmente en términos de una pregunta: ¿cuál es la relación entre las dictaduras y postdictaduras “transatlánticas” y la

¹ Ver al respecto la introducción de Graham y Labanyi a su conocida antología de estudios culturales peninsulares (1995) y también la conclusión de esta última en la misma recopilación. Ambos textos implican o reconocen directamente que los estudios culturales en la península van a la zaga de sus homólogos latinoamericanos.

globalización, proceso que tiene que verse como la fase actual de un continuo proceso de modernización? En este apartado habría que hablar tanto de la modernización social y económica impulsada por Franco en España desde los años sesenta y por Pinochet en Chile comenzando una década más tarde, tanto como de la globalización de la justicia puesta en evidencia por el arresto de Pinochet en Londres a instancias de un juez español. Y la otra es que la globalización se puede manifestar en la forma de un nuevo *regionalismo transatlántico* que acerque las nacionalidades peninsulares a las latinoamericanas. No es que la comunidad ibero-americana haya dejado de existir a causa de las guerras de independencia de principios del siglo XIX (y mucho menos en el caso de Brasil y Portugal que no se separaron mediante un sangriento conflicto bélico) pero si la teoría cultural ha de funcionar en términos de periodizaciones, entonces debemos admitir que hoy día el catálogo de relaciones entre la península y el subcontinente se ha renovado, especialmente en el rubro postdictadura, en cuyo radio de acción han entrado fenómenos que van desde la diáspora “sudaca” generada por la represión militar en el Cono Sur hasta las cuantiosas inversiones españolas en las economías neoliberales de países como Chile y Argentina, pasando por la refundación de la OEI (Organización de Estados Iberoamericanos) en 1985 y por los muchos intercambios que se suelen dar en la esfera de la creación literaria y la producción filmica. Sin olvidar, por supuesto, la influencia (más simbólica que efectiva, es cierto) de la transición española en la redemocratización del Cono Sur. Si la división del trabajo académico ha obstaculizado la perspectiva transatlántica, ese mismo trabajo, derrumbadas las fronteras geográficas que separan a Europa de la América Latina, puede reenfocar su óptica y restaurar, bajo condiciones posmodernas, los vínculos históricos y culturales entre ambas regiones.

II. Un acercamiento transatlántico a la postdictadura

¿Qué puede aportar al diálogo transatlántico (en versión ibero-americana) la crítica cultural de la postdictadura? ¿Cómo se puede estructurar una posible respuesta a esta pregunta? ¿Qué significa entablar un diálogo en torno a este tema? Estas preguntas surgen del hecho evidente que a ambos lados del Atlántico (en España, Argentina y Chile, específicamente) la cultura artística y literaria del último cuarto de siglo ha sido interrogada en función del final de los regímenes autoritarios que gobernaron aquellos países hasta 1975, 1983 y 1989 respectivamente, lo cual significa que la transición entre autoritarismo y democracia se ha convertido en uno de los temas candentes de la crítica cultural transatlántica y en un hito demarcatorio de la periodización cultural. Interesa preguntarse, por lo tanto, cómo los análisis culturales convergen y divergen, cómo responden a las particularidades intransferibles de la transición democrática en los diversos contextos nacionales, y qué consonancias o disonancias hay entre la postdictadura, por un lado, y la posmodernidad y la globalización por el otro. Hay, además, una amplia gama de discursos postdictatoriales, de métodos y de agentes discursivos: científicos sociales, ensayistas, historiadores, políticos, intelectuales literarios, etc. Pero en las páginas que siguen parto de un núcleo de críticos que se agrupan en torno a la *Revista de Crítica Cultural* (cuyo núcleo es la “nueva escena crítica chilena”) y otros que profesan en Departamentos de Español de universidades norteamericanas, o que los visitan. Se trata de un grupo “metropolitano” de críticos que se dedican tanto a España como a América Latina pero

no necesariamente a ambas regiones a la vez. Aunque a veces da la impresión de que el discurso crítico y teórico de un influyente sector de este grupo –cimentado en relaciones profesionales e incluso en lazos de familia– resulta demasiado homogéneo, hay que recordar que la *Revista* de Nelly Richard, que aparece en el momento mismo de la transición chilena (1990), fue bastante pluralista desde el comienzo en términos de su elenco de colaboradores y que la impresión que puede dar de cierta reiteración de puntos de vista se debe muy probablemente al hecho de que a través de varios años de producción editorial han sido dos los ejes de sus preocupaciones: la transdisciplinariedad y la postdictadura (Pagni 2002: 138). En todo caso, la recurrencia de ciertos tropos, figuras y temas postdictatoriales incita al escrutinio de un campo que de esa manera exhibe una coherencia retórica tanto como referencial.

El primer problema es el término postdictadura, que es de uso y dominio general pero que en el Cono Sur ha adquirido personalidad propia al ser empacado en términos del duelo. Ésta es una de las razones por las cuales los estudios de *peninsularistas* como Vilarós y Moreiras Menor se refieren al período posfranquista en términos no de postdictadura propiamente hablando sino de la “transición” o de la “España democrática”. (Otra más obvia es que la transición chilena, por ejemplo, es bastante posterior a la española y más pegada en el tiempo a la dictadura, por lo cual el prefijo “post” resulta más actual.) Examinemos primero la especificidad programática del término postdictadura en el contexto del Cono Sur, veamos luego cómo evoluciona al cruzar el Atlántico, y concluyamos preguntándonos en qué momento una crítica de la postdictadura se confunde con una crítica de la posmodernidad y de la globalización en general. Constatemos que la visión melancólica de la historia, la política de la memoria y el desencanto posmoderno son los núcleos temáticos que unifican a la crítica postdictatorial latinoamericana y peninsular, a partir de los cuales se puede indagar en los elementos particulares y universales de la así llamada postdictadura.

Hace más de diez años Alberto Moreiras escribió que el “campo intelectual de la postdictadura incluye como una de sus características al mismo tiempo más salientes y más ignoradas la de estar sometido a una determinación afectiva extrema, que yo propongo considerar en términos de duelo” (Moreiras 1993: 27). Diez años después Nelly Richard refrenda este discurso doliente y verifica que funciona como emblema de lo postdictatorial: “Las figuras del trauma, del duelo y de la melancolía, pasaron a ser las figuras emblemáticas de un cierto pensamiento crítico de la postdictadura... Trauma, duelo y melancolía (el golpe como trauma, el duelo como pérdida de objeto y la melancolía como suspensión irresuelta del duelo) son las figuras que –extraídas del repertorio freudiano– le prestaron su tonalidad afectiva a la expresión de lo postdictatorial ...” (Richard 2003: 287). Entre ambos textos se ubica el intenso estudio de Idelber Avelar sobre la ficción postdictatorial, género que se define en conexión con el trabajo del duelo y con la persistencia de la memoria. El estudio articula el tema del “golpe a la representación” en términos de la alegoría benjaminiana: “The texts I examine here insistently confront the ruins left by the dictatorships and extract from them a strongly allegorical meaning [...] The imperative to mourn is the postdictatorial imperative par excellence” (Avelar 1999: 2-3).

Las determinaciones que operan en este despliegue del repertorio freudiano en el contexto postdictatorial latinoamericano (el libro de Avelar toma en cuenta textos y contextos argentinos, brasileños y chilenos) son múltiples: la derrota del marxismo en el

Cono Sur, la hegemonía social y cultural de una economía de mercado y de la estética del consumo, las sombras proyectadas sobre las sociedades postdictatoriales por los desaparecidos y por las huellas de la tortura, y la crítica de la transición como un pacto del olvido. Cada una de estas determinaciones opera en su propio contexto específico pero tiene también proyecciones transnacionales/peninsulares.

Avelar habla directamente de la derrota de la izquierda a manos de dictaduras militares en Brasil y el Cono Sur pero Moreiras matiza filosóficamente el tema aludiendo al deceso de la “utopía revolucionaria” cuyo imaginario garantizaba la supervivencia del pensamiento crítico porque daba sentido a la historia. La pérdida de las ilusiones revolucionarias redonda prácticamente en la muerte del pensamiento mismo, contra cuya depresión no valen ni las recetas de la celebración posmoderna ni la “automortificación” del pensamiento nostálgico de la izquierda ortodoxa. ¿Cómo sale el pensamiento crítico de su parálisis melancólica? Evitando lo que Moreiras llama las trampas del deseo histérico, esquizoide y paranoide, y aferrándose a un sentido de historicidad y a proyectos comunitarios que –hay que admitir– no aparecen por ninguna parte.² De hecho, la teoría posmoderna y las prácticas cotidianas del mundo-de-vida posmoderno se encargan de disolver tales proyectos en micro-utopías individuales incrustadas en la fugacidad del presente. Si los melancólicos se quedan inmóviles en el pasado y los utopistas se proyectan hacia el futuro, los posmodernos –y la obra de Alberto Fuguet en Chile y de Ray Loriga y José Ángel Mañas en España lo demuestran fehacientemente– viven un presente cotidiano con ataduras muy débiles a otras temporalidades.³

¿Qué pensar del discurso de la melancolía y en qué medida aguanta el viaje al contexto de la “postdictadura” española? Son notables, por un lado, las alusiones al “Apocalipsis” y a la “catástrofe” en Moreiras y Avelar, referencias que marcan las huellas de la filosofía negativa de la Escuela de Frankfurt. Aquí se perfila el tema del antagonismo entre la crítica cultural y la “industria cultural”, que desde los tiempos de Adorno ha crecido y evolucionado de modo sorprendente y que es difícil separar en nuestros días de la seducción de la mercancía y de la transformación del ciudadano en consumidor. Volveremos a este tema más adelante al intentar empalmar el pensamiento y cultura postdictatoriales con una crítica de la posmodernidad. Por otro lado, el discurso de la melancolía adquiere legitimidad cuando se lo conjuga con el drama de los detenidos-desaparecidos en el Cono Sur, y adquiere también un carácter potencialmente público que ampliaría la cobertura de ese discurso, surgido y desarrollado dentro de una reducida élite intelectual.

Ahora bien, aunque no es común hablar de los desaparecidos en el contexto de la “postdictadura” española, Cristina Moreiras Menor hace referencia a una desaparición de la historia en la España contemporánea: “La memoria perdida, recuperada para el duelo desde su inscripción traumática no es otra que la propia Historia, aquella que se ha

² También hay que considerar el hipotético papel catártico de las narrativas postdictatoriales. Comentando textos de Vázquez Montalbán y Goytisolo, Moreiras Menor escribe: “este proceso de renarrativización de la historia se realiza desde una fundamental, e incluso fundacional, experiencia de pérdida y vacío y, en este sentido, la escritura y las narrativas se constituyen como lugar donde realizar un duelo inacabado cuya escena sintomática señala a una memoria herida por su insimbolizable recuerdo” (Moreiras Menor 2002: 123).

³ Ana del Sarto (2001) intenta una elaboración mucho más detallada del texto de Moreiras.

tornado ‘desaparecida’ en el imaginario colectivo español de la democracia; es decir, la guerra civil y el franquismo” (Moreiras Menor 2002: 124). Y para afianzar la analogía con los detenidos-desaparecidos del Cono Sur, Moreiras Menor concluye que si “la tragedia de los desaparecidos es, sobre todo, su privación de la posibilidad de entierro” los “desaparecidos que emergen en la escritura de Vázquez Montalbán y Goytisolo” tienen la posibilidad de ser enterrados debidamente (2002: 124-25). Estos pasajes son el resultado de una trama transatlántica ya que la palabra de Moreiras Menor se cruza con la de intelectuales como Hugo Vezzetti y Federico Galende, citados en el texto.

Es difícil calibrar hasta qué punto desaparece la historia como resultado de la transición hacia la democracia en España. Hay quienes sostienen que toda familia española tiene sus propias historias derivadas de la Guerra Civil y que ésta sigue estando bien presente en el imaginario español.⁴ Obviamente, Moreiras Menor se refiere a la historia como trauma y no como simple narración de hechos pasados. Desde esta perspectiva, la historia produce no un nuevo orden político sino síntomas que acusan su represión. Podemos convenir, creo, en que la violencia de la Guerra Civil tuvo un efecto moderador en el momento de la transición, en que las dos Españas tuvieron que reconciliarse para evitar, justamente, el retorno de la catástrofe. En todo caso, el énfasis en los desaparecidos es un subcapítulo de un tema más abarcador, que es el de la violencia histórica (específicamente de tipo dictatorial) y sus efectos en el presente. Alberto Moreiras sostiene que en países como Argentina, Chile, España y Uruguay –entre otros– se vive una situación transicional parecida porque el espacio público de estas sociedades postdictatoriales fue reconstituido por la violencia, que opera como un fármaco que puede emponzoñar o curar los traumas de la historia. La cuestión es cómo se “introyecta” el pasado en el presente proyectándolo al futuro: “que esa introyección [...] llegue al fin del proceso afectivo de asimilación y expulsión o que, por el contrario, ciega a su propia aberración de base, desarrolle trastornos depresivos potencialmente catastróficos está, sin duda, todavía por decidirse” (Moreiras 1993: 28).⁵

La razón por la cual el repertorio freudiano y post-freudiano del que surgen las figuras del duelo, el trauma y la melancolía recurre en estudios como el de Moreiras Menor, Vilarós y muchos otros a ambos lados del océano es porque la *represión* de la memoria

⁴ Por ejemplo, David Trueba, realizador de la versión filmica de *Soldados de Salamina*: “yo creo que a todo el mundo en España le interesa en alguna medida la Guerra Civil. Otra cosa es que quiera leer libros o ver películas sobre ella. Pero la Guerra Civil está muy presente todavía. No hay una sola familia en España que no tenga una historia de la Guerra Civil” (Cercas/Trueba 2003: 26). En el mismo diálogo con Trueba, Javier Cercas cuenta su propia historia familiar sobre la guerra. La omnipresencia de la guerra no quita, sin embargo, que ésta no fuera un tópico vedado durante la transición. El propio Trueba lo afirma: “Estamos hablando de un país que por primera vez se enfrenta a sus fantasmas, a sus miedos y a sus olvidos” (Cercas/Trueba 2003: 128).

⁵ Con respecto a esto, viene al caso mencionar los diferentes debates sobre el final de las transiciones y las proclamaciones que se han hecho en los países postdictatoriales por personeros de la oficialidad declarando el fin de la transición. La más reciente fue en Chile, en julio de 2005, cuando el presidente Lagos declaró la transición chilena cumplida y acabada al enmendarse la constitución de 1980, desmantelándose los enclaves autoritarios que hasta entonces habían impedido la realización de una democracia plena. Las transiciones son, como la postmodernidad, difíciles de fechar pero lo importante es que los brotes de violencia postdictatorial en países como España, Argentina y Chile han sido contenidos y que la violencia no se ha propagado y afectado al común de la sociedad.

histórica juega un papel fundamental en la constitución del discurso crítico. Este discurso comienza con una crítica de los pactos y acuerdos que posibilitaron las transiciones no sólo porque excluyeron a ciertos actores políticos (los “extremistas”) sino sobre todo porque el consenso que se fraguó al terminar el período dictatorial supuso un olvido programático de los antagonismos que habían caracterizado la historia reciente. Así entonces, Alberto Moreiras escribe: “Las recientes transiciones democráticas en el Cono Sur están vinculadas a fuertes procesos de modernización neoliberal cuya condición de posibilidad es el olvido de la violenta depuración del cuerpo social realizada por las dictaduras...” (1993: 28). En Vilarós y Moreiras Menor ese “cuerpo social” aparece herido o amenazado por un quiste canceroso. Teresa Vilarós arguye que en la prisa por llegar a un “consenso público” en la transición española se intentó borrar el pasado político de figuras de izquierda y derecha cuando lo indicado habría sido el inicio de una “reflexión y análisis del pasado inmediato” de la nación (Vilarós 1998: 11). El pacto del olvido, continúa Vilarós, *enquistó* las heridas provocadas por la Guerra Civil y por la existencia secular de dos Españas en pugna. “El momento de la transición es el espacio donde se procesa el olvido, el agujero negro que chupa, hace caer y encripta los desechos de nuestro pasado histórico, aquella nuestra historia maloliente que todos nos apresuramos a repudiar y que en gran parte todavía seguimos ocultando” (Vilarós 1998: 11-12). Moreiras Menor, por su parte, y todavía refiriéndose al caso peninsular, organiza el primer capítulo de su libro en torno a un antagonismo que opera a través del libro entero, enfrentando “la construcción de una nueva política cultural [...] basada en el olvido activo de un pasado que pesa con tanta fuerza que decide someterse a su borradura; por otro, los efectos y afectos [...] que tal borradura traza en la experiencia del sujeto y que casi siempre se desvelan a modo de exceso imposible de ser simbolizado y, por tanto, sometido a su expulsión de la narrativa” (Moreiras Menor 2002: 21).⁶

Nelly Richard en Chile arguye que el consenso buscó limitar el desborde de los nombres (que inquietaría las redes oficiales de designación), de los cuerpos (que subvertiría las identidades normadas por la publicidad) y de las memorias, *desafectando* las referencias al pasado: “Los familiares de las víctimas saben de la dificultad de mantener a la memoria del pasado viva y *aplicada*, cuando todos los rituales consumistas se proponen distraerla, restarle sentido y fuerza de concentración” (Richard 1998: 44). También el lenguaje de las ciencias sociales y del aparato *massmediático* contribuyen a normalizar la referencia al pasado dictatorial, que de ese modo es recuperado por un discurso público mucho más eficaz que el de la negación: “El libreto oficial del gobierno de la Concertación ha convertido la memoria en una doble cita, respetuosa y casi indolora. Tribunales, comisiones y monumentos a los derechos humanos citan regularmente a la memoria ... pero dejando fuera de sus hablas diligentes toda la materia herida del recuerdo...” (Richard 1998: 31)

El diálogo en torno a la represión de la memoria y sus efectos traumatizantes también tiene interlocutores en la región rioplatense. En la introducción a un volumen de ensayos sobre *Memoria colectiva y políticas de olvido* en la Argentina y Uruguay (1997), uno de los editores—Fernando Reati—nos recuerda la relación etimológica entre *amnesia* y *amnistía*, e impugna al Estado argentino (desde Bignone hasta Menem) por indultar a

⁶ Este libro también recoge explícitamente la figura del quiste. Ver p. 127.

los principales responsables del terrorismo estatal de los años setenta. La autoamnistía declarada por Bignone en el Informe Final de la junta militar, las leyes de Punto Final y Obediencia Debida aprobadas por el Congreso argentino en 1986 y 1987, y los indultos firmados por Menem en 1989 y 1990 fueron maniobras destinadas a esconder los cadáveres y a enterrar (prematuramente) un pasado que aún seguía vivo y que se enquistó en el presente. Como sugiere Reati, ahí donde quedan cadáveres insepultos proliferan los fantasmas: “En los años setenta, lo siniestro consistía en la presencia en las calles del fantasma de la desaparición [...] Hoy, lo siniestro consiste en la presencia en las calles de los culpables compartiendo el espacio público con la ciudadanía” (Reati 1997: 17).

La retórica fantasmagórica es inseparable del repertorio freudiano aplicado a ambos lados del Atlántico para dar cuenta de la represión histórica de las distintas transiciones, sobre todo a partir del ensayo de Derrida sobre los espectros de Marx. Jo Labanyi, por ejemplo, no se demora en relacionar la *hauntologie* derrideana con el tema de los detenidos desaparecidos: “For ghosts, as the traces of those who have not been allowed to leave a trace ..., are by definition the victims of history who return to demand reparation” (Labanyi 2000: 66). Para Labanyi, efectivamente, los desaparecidos del Cono Sur son los *revenants* de Derrida. Diana Taylor, en su libro sobre la dictadura y postdictadura argentina, también alude a una fantasmática de la desaparición cuando aborda el problema de la representación de los desaparecidos (Taylor 1997: 140). Cuando los cuerpos ausentes deben ser materializados por las Madres o por la medicina forense se abre un abismo entre el cuerpo y el fantasma. Tanto las fotografías de los hijos desaparecidos enarboladas por las Madres como las placas de rayos equis que certificaban la identidad de los muertos son documentos fantasmáticos. Y el abismo irreconciliable entre el cuerpo y su representación lleva tanto a las Madres como a los militares a desarrollar estrategias propias de resistencia o normalización. Las Madres rehúsan identificar los restos de sus hijos para mantenerlos “vivos” hasta que se haga justicia. Los victimarios, por su parte, entierran los soquetes y el chupete de una recién nacida después de asesinar a sus padres y robar el cuerpo de la niña. El espectro de los desaparecidos ha llamado también la atención de investigadores profesionalmente alejados del latinoamericanismo, como la socióloga Avery Gordon cuyo libro *Ghostly Matters: Haunting and the Sociological Imagination* contiene un largo capítulo sobre Luisa Valenzuela y los fantasmas que habitan el espacio cultural y el imaginario político argentinos.

Fantasmas, vampiros y licántropos son, por cierto, habitantes consuetudinarios del imaginario popular, como lo demuestran las apariciones de los *pishtacos* en la sierra peruana en tiempos de Sendero Luminoso, y de chupacabras y entes por el estilo en otros tiempos y espacios del mapa latinoamericano. Tomando esto en cuenta, Labanyi se cuida de incluir las figuraciones de la memoria popular en los textos y filmes que constituyen su corpus postdictatorial peninsular.⁷ En la Argentina también hay versiones populares de la Guerra Sucia que aluden a fantasmas y casas tomadas, como demuestra un ejemplo citado por Marguerite Feitlowitz en *A Lexicon of Terror*:

⁷ Al que habría que agregar un excelente film de Guillermo del Toro, *El espinazo del diablo*. Esta realización tiene interesantes aspectos transatlánticos, desde la nacionalidad (mexicana) del director hasta la presencia del actor argentino Federico Luppi, cuyo personaje enlaza de manera espectral a los desaparecidos de la dictadura argentina con las víctimas republicanas de la Guerra Civil.

A police reporter told me that in the commissary of La Matanza (Buenos Aires Province), young officers insist ‘this building is full of ghosts’ and sleep with all the lights on. The same reporter has interviewed a retired police chief who once hoped to be an artist, and who now spends his days in pajamas drawing ‘what is always there when I close my eyes...:’ fingers crooked in spasm, a lacerated nipple, a dead man’s staring eye above his smashed-in nose (Feitlowitz 1998: 167-168).

Los sitios usados como centros de detención y tortura durante la dictadura –pensemos sobre todo en sótanos y altillos– se convierten, en la imaginación popular, en *criptas* en que los vivos viven encerrados con las figuras espectrales de los desaparecidos. Y en un orden muy diferente de relevancia, Avelar trabaja la cripta y lo críptico en el contexto de la alegoría postdictatorial.⁸

¿Vale la pena proyectar este discurso relativamente *uniforme* de la crítica cultural transatlántica –basado en las figuras del duelo, de la represión, del trauma, de los espectros– contra las *particularidades* de las distintas transiciones entre autoritarismo y democracia en Argentina, Chile y España, tomando en cuenta que ese discurso se apoya en una crítica de las transiciones como pactos del olvido? Probablemente no, puesto que esto redundaría en la reducción de la teoría a la práctica. Pero la práctica también tiene sus fueros, y no conviene perder de vista que el “blanqueo” del pasado no tiene el mismo sentido en los tres casos mencionados aquí. En los casos de Chile y Argentina, sin ir más lejos (y también en el caso uruguayo), el pasado reciente fue bloqueado por las autoamnistías declaradas por los militares antes de abandonar el poder, y también en esos dos casos el problema de los desaparecidos dio lugar a la creación de comisiones oficiales para develar su paradero. En España no hubo comisiones de verdad y reconciliación y la amnistía no fue concedida o negada a los militares acusados de haber cometido crímenes de lesa humanidad, sino que fue otorgada a los presos políticos del franquismo en el momento de la transición. De modo que la reflexión crítica sobre el pasado debe adquirir, por fuerza, un cariz diferente en los diferentes contextos.

Otro aspecto del problema es que el posfranquismo tiene ya 30 años de existencia, mientras que las postdictaduras del Cono Sur son más recientes. Esta distensión temporal hace que una reflexión crítica sobre el pasado español, que se remontaría hasta el período de la Guerra Civil, constituya un caso único. Aquí vienen al caso ciertas reflexiones de Resina sobre la memoria histórica en el contexto de la transición posfranquista que tienen la virtud de moderar una indagación demasiado escandalizada sobre la crisis de la memoria:

What is then so surprising about historical memory undergoing modifications during the Spanish Transition? Why all the stir about history? ... let us be clear that the concept of polit-

⁸ Si ruinas y criptas son los lugares preferidos de las sombras de ultratumba, las superficies *hipervisibles* de la tecnología y cultura posmodernas implicarían el exilio de los espectros. Eso implica Avery Gordon cuando en *Ghostly Matters* reflexiona sobre una conocida novela de Don de Lillo: “in *White Noise* there are no ghostly haunts, or shadows, only the insistent visibility of fetishized commodity surveillance...” (1997: 15). Esta lectura implica el tema de la negación posmoderna de la historia, en el que convergen, desde muy distintas posiciones, Fredric Jameson y Francis Fukuyama. El clásico libro de este último –*The End of History and the Last Man*– fue un éxito de ventas en Chile.

ical transition is meaningful only to the extent that it conveys a genuine recreation of the state, which perforce will also transform the oppositional strategies that brought about the change. If [...] society is itself a form of memory, then a profound reorganization of the state must also reform social memory (Resina 2000: 88).

No se trata sólo de que la memoria colectiva –analizada con cuidado por Resina a partir de sus diferencias con la memoria historiográfica– sea en sí coyuntural. También hay que tomar en cuenta las tradiciones democráticas de las colectividades nacionales en el momento de una transición desde la autocracia a la democracia. Esa “genuina recreación del Estado” por la que aboga Resina parece más factible en países cuya cultura política no es extraña a los consensos democráticos, lo cual ayuda a explicar el éxito de la transición en el caso chileno. Pero en el caso de España, país en que los regímenes republicanos han sido de corta duración, ¿cómo se puede explicar el arraigo de la cultura democrática posfranquista hasta el día de hoy?

En su análisis de la función de la política en la constitución de las sociedades modernas, Norberto Lechner destaca una contradicción entre la democracia (que descansa sobre una “ciudadanía cosmopolita”) y el Estado nacional y las identidades nacionales, que implican discursos de exclusión (Lechner 1988: 27). Por lo tanto, es probable que una respuesta a la pregunta anterior pase por la inserción de la colectividad nacional española en la modernidad europea, que muchos críticos culturales hacen coincidir con el ocaso del franquismo aunque fue en los años sesenta que la economía española comenzó a modernizarse.⁹ Sea como sea, lo cierto es que la construcción de la postdictadura en la crítica cultural transatlántica implica una lectura de la posmodernidad o globalización.¹⁰

Resina privilegia la función del mercado como motor del cambio histórico y como dispositivo para borrar la memoria:

Compared with the transitions undergone by other Western dictatorships in this last quarter of a century, from Chile to Poland, Spain’s journey into modernity seems unexceptional. Over and above the ideological agendas of the various opposition movements, the true locomotive of historical change –to use Marx’s metaphor– was not the revolution but the market [...] And the market it was that produced a rupture in the collective memory which consensus-oriented politicians cautiously avoided in the public domain. As is well-known, the market depends on designed obsolescence; each new commodity advertises the demise of a previous one, throws it in history’s dustbin. This goes, of course, for history itself understood as a commodity, as a repertoire of intellectual contents that can suddenly appear old-fashioned, outdated, and consequently irrelevant (Resina 2000: 92-93).

Éste es el mismo argumento que aparece en el estudio de Avelar sobre la ficción postdictatorial en el Cono Sur, cuerpo literario que debe ajustar el imperativo de sostener la memoria de la “catástrofe” a los parámetros de una sociedad de consumo.

⁹ Carlos Hunneus (1985) nos recuerda que bajo Franco España pasó de ser una sociedad agraria y semi-industrial a una sociedad “moderna e industrializada”, y que se colocó entre las diez potencias industriales del mundo a partir de los años sesenta cuando la tasa de desarrollo osciló entre el 6 y 7%.

¹⁰ Fredric Jameson (1998) vincula globalización y posmodernidad y caracteriza a ambos conceptos como rasgos intrínsecos del estadio multinacional del capitalismo.

Moreiras Menor, por su parte, se centra en la emergencia de un nuevo sujeto espectacular en el momento de la transición:

Nace así el sujeto de la sociedad del espectáculo, aquel sujeto que se articula a partir de una total identificación con la sociedad de consumo y cuyas señas identitarias provienen de las que las grandes corporaciones internacionales favorecen. Es un sujeto cuya mirada no se dirige hacia su propio entorno sino que busca sus modelos de comportamiento y de reflexión en los centros internacionales de la cultura, París, Londres, Berlín y Nueva York, y a los que accede a través de los medios de comunicación masiva anhelando reproducirlos, como hace, en su espacio. La cultura juvenil urbana de este momento se hace la protagonista de la escena cultural de estos años y es ella quien establece los patrones de comportamiento que caracterizan (y que se exportan) a la España de los ochenta (Moreiras Menor 2002: 65-66).

La inmersión de los españoles en la “estética posmoderna y en una sociedad centrada en y promovida por las lógicas del mercado y el consumo” (Moreiras Menor 2002: 64) refleja la celebración del presente por parte de una colectividad nacional empeñada en olvidar un pasado molesto y dispuesta a integrarse en la modernidad europea. Este entusiasmo posmoderno –emblemático por la “movida” madrileña de los setenta– coexiste, sin embargo, con los fantasmas del pasado y con una violencia soterrada que refluye en ciertos textos culturales contemporáneos.

Desde la orilla del Cono Sur, Nelly Richard ha hecho notar en varias intervenciones la función amnésica del consumo y de los medios en la transición chilena, pero en un ensayo reciente aboga por un proyecto menos melancólico y más dinámico de intervención crítica en los lenguajes administrados de la actualidad. El tema de la complicidad entre consenso político, mercado y medios de comunicación se reitera al comienzo del texto:

Esta tensión que rodea la pérdida se inscribe, a su vez, en un presente social dividido –en sus extremos– entre, por un lado, la recordación fija del pasado (la contemplación nostálgica de un recuerdo petrificado en el tiempo: monumental) y, por otro lado, la completa disipación de las huellas de ese pasado histórico hoy sometido a la borradora electrónica de los flujos comunicativos de la actualidad mediática que operan en sintáctica complicidad con la globalización capitalista (Richard 2003: 287-288).

Pero mirando hacia el futuro la ensayista teoriza lugares y momentos de quiebre en la homogeneidad de lo dado e incita a la intelectualidad crítica a un nuevo tipo de *engagement*, afirmando que el dilema que enfrenta el pensamiento crítico de la posdictadura es “de si atreverse o no a poner en circulación social teoría e interpretaciones, ficciones críticas, que buscan desencajar los verosímiles dominantes de la cultura estandarizada...” (Richard 2003: 294).¹¹ Para el éxito de este programa Richard se confía, básicamente, en explotar las dificultades que tendría el capitalismo multinacional en reproducirse a nivel global. Uno de los posibles sitios de contradicción, por ejemplo, sería la tensión entre la

¹¹ Estos nuevos derroteros ideados para el pensamiento crítico se relacionan a uno de los grandes temas de la redemocratización, tanto en España como en el Cono Sur, y que es, concretamente, el lugar del intelectual en las nuevas sociedades civiles. Ver, por ejemplo, Sarlo (1994).

ley homogenizadora de la globalización y “la heterogeneidad local de sus agenciamientos concretos” (Richard 2003: 294). Muy bien, pero ¿en qué momento se comienza a confundir una crítica postdictatorial con una crítica general de la posmodernidad y la globalización? Tal pregunta también surge desde el lado peninsular, por ejemplo, en una cita que hace Moreiras Menor de Vázquez Montalbán y que ejemplifica un aspecto importante del “desencanto” posmoderno: “Lo que sí ha cambiado con respecto al antes de Franco es que nos hemos quedado sin proyecto histórico peculiar, español e intransferible”. El comentario de aquélla es que: “El ciudadano español vive sumido en la más absoluta individualidad, bajo el dominio de la incertidumbre, de las lógicas de la comunicación de masas [...], y la desconfianza hacia el Estado...” (Moreiras Menor 2002: 19). Parece ineludible conjeturar que la crítica de la posmodernidad tiende a desfigurarse en algún momento a la crítica específicamente postdictatorial pero, a la vez, la crítica posmoderna, por su alcance más abarcador y transnacional, nos permite hablar de una crítica cultural *transatlántica* de la postdictadura, desvinculando este tema de sus contextos nacionales específicos y poniéndolo en circulación global.

Pero hay que señalar también que el tema de la visibilidad/invisibilidad es una figura importante del discurso tanto dictatorial como postdictatorial, lo cual no debe extrañar ya que desde los tiempos del usurpador Giges el poder autocrático se ha venido ligando con la invisibilidad de sus detentores y con sus efectos a distancia. En nuestra época las superficies hipervisibles de la posmodernidad consumista y los espectros históricos que claman la vindicación han dado una vuelta de tuerca a las reflexiones sobre los rostros del poder.

El concepto de *percepticidio* elaborado por Diana Taylor en su libro sobre la Guerra Sucia argentina es un ejemplo concreto de cómo la percepción visual fue adiestrada por la dictadura e implicada en la violencia represiva: “In order to qualify as ‘good’ Argentines, people were forced to focus on the given-to-be-seen and ignore the atrocities given-to-be-invisible, taking place around them. Signs indicated what the population was to see and not to see” (Taylor 1997: 119). Se debían mirar las imágenes publicitarias y los titulares patrióticos de los periódicos pero había que desviar la mirada de secuestros llevados a cabo en público y a plena luz del día a no ser que éstos tuvieran la intención de escarmentar a los testigos. Es decir, no era cuestión de cerrar los ojos ante un acto de violencia pública sino de dar a entender, ante la mirada panóptica, que se censuraba lo que se había visto. La violencia negada por la represión de la mirada se internalizaba y redirigía hacia el sujeto, que quedaba así implicado en el teatro de la crueldad. Una de las muchas distorsiones que el lenguaje sufrió durante la dictadura afectó al campechano refrán “ver para creer”.

El percepticidio es una de las piezas clave de una política de la mirada pero Taylor lo emplaza en un campo de referencia más amplio, que es el del espectáculo, cuyo modelo básico es el teatro: “Terrorism, with its scenes of torture and abduction, and its enforced misrecognitions or suspensions of disbelief, proved highly theatrical both on a practical and a symbolic level” (Taylor 1997: 125). En el análisis de Taylor, el espectáculo público modela la comunidad nacional: “I look at how nation-ness is shaped through spectacle, that desiring-machine at work in the ‘imaginings’ that hold a community together [...] We might look at theatre [...] as one more stage on which nation-ness was played out” (1997: 91-92). Y esto es lo que hace Taylor al reflexionar sobre algunas piezas teatrales de Gambaro, Ricardo Monti y Diana Raznovich y sobre *Paso de dos*, la obra cumbre de

la temporada teatral de 1990 en la Argentina y la única obra del período postdictatorial que ocupa un lugar prominente en el libro.

Sin embargo, el teatro y la teatralidad fueron también relevantes en la postdictadura. ¿Quién puede olvidar los rostros pintados de blanco –óvalos de yeso, máscaras mortuorias, espectros– que los manifestantes anti-pinochetistas exhibieron en Londres para representar a los desaparecidos en el momento del juicio contra Pinochet? Ahí estaban todas las mañanas, como atestigua Dorfman: “banging drums, waving... bilingual signs, engaging in street theater with masks and costumes and ritual ketchup on their white shirts...” (Dorfman 2002: 44). O a los sobrevivientes de la tortura en Argentina, que en 1986 por primera vez se identificaron entre sí en una marcha de resistencia sacándose las máscaras blancas que les cubrían el rostro. Feitlowitz cita a una protagonista de aquel dramático encuentro: “I’ve often thought about the power of those masks... We knew that it would be very dramatic, would symbolize clearly our apartness. But the masks also gave us some psychic protection...” (Feitlowitz 1998: 192). El reconocimiento de las víctimas que ha venido ocurriendo desde el fin de las dictaduras, su disponibilidad ante una mirada hospitalaria y no disciplinadora, es un hito importante en el proceso de reconciliación nacional. Un aspecto concreto del tema es la recuperación de los espacios tomados por la dictadura y la conversión de muchos de ellos en lugares de memoria.¹²

En la otra orilla, la postdictadura también se ha construido en términos del espectáculo, aunque no se trata ya del espectáculo público cuyo modelo en miniatura es la *performance* teatral sino del *simulacro* posmoderno que estudia Moreiras Menor como componente clave de la postdictadura española. La estudiosa reitera la pregunta sobre las posibilidades de un discurso crítico generado en el interior de la cultura espectacular.

Cotejar estos dos modelos equivale a hacer resaltar sus más obvias contradicciones: artesanía teatral contra simulacro televisivo; historia viva contra post-historia; colectividad contra individualidad; tiempo largo de la memoria contra tiempo breve de los medios, cuerpo contra imagen, ciudadanía contra consumo. Textos como *Realidad nacional desde la cama* y *Escenas de la vida posmoderna* de Luisa Valenzuela y Beatriz Sarlo, respectivamente, dan fe de la hegemonía de la lógica mediatizada en la Argentina contemporánea, así como el *destape* chileno de los noventa viene a remedar la movida madrileña de la década anterior.¹³ Pero las contradicciones son relativas porque es difícil mantener separados los dos modelos de representación espectacular. Por ejemplo, esos manifestantes enmascarados de Dorfman que ponen en escena un teatro callejero de protesta lo hacen ante una mirada que bien puede ser la de la cámara, como lo consigna el propio Dorfman cuando alude al “roving and ever-hungry televisual eye” (2002: 44) en su recuento de la escena. Un caso parecido es el del documental de Patricio Guzmán *Chile: la memoria obstinada* (1996), que mezcla elementos teatrales y fílmicos para lograr el efecto que describe Nelly Richard: “desatar una ‘red de emocionalidad’ mos-

¹² En la Argentina hace muy poco tiempo el presidente Kirchner se comprometió, ante el evidente disgusto de los cuadros de oficiales más antiguos del ejército, a establecer un museo de la memoria en el casino de oficiales de la ESMA, y dispuso que por fin se descolgaran los retratos de Videla y Bignone que seguían adornando los muros de aquella infausta institución.

¹³ “Remedar” en el sentido casi de imitación grotesca pues aunque la movida fue básicamente apolítica (pero también creativa y de alguna manera comunitaria) el destape es un efecto directo del sensacionalismo mediático.

trando el trabajo [...] de una memoria dialógica que lleva a los personajes a vivir –performativamente– los choques del recordar...” (Richard 1998: 32). En otras ocasiones la circulación pública hace que se mezclen incómodamente elementos de ambas lógicas del espectáculo: la popularidad del informe *Nunca Más*, por ejemplo. Según Diana Taylor, cuando el informe se publicó en 1984 “it became an instant best-seller. Copies of *Nunca Más* dotted the beaches as summer vacationers in swimwear read the dreadful testimonies. Thirteen editions of the report were published between November 1984 and May 1986” (Taylor 1997: 12). Aunque Taylor imputa la popularidad del informe a una mirada voyeurística, no es menos cierto que la circulación del informe también involucra elementos tales como el mercado editorial y el tiempo de ocio. Y aunque no todo el mundo lo haya leído en traje de baño, las condiciones de recepción del informe fueron creadas por el mismo régimen militar que el informe acusa de crímenes de lesa humanidad y que se abocó, entre otras cosas, a incentivar el desarrollo capitalista de la sociedad. Tampoco hay que olvidar que los expedientes contenidos en el informe fueron usados en el juicio televisado de los generales en 1985.

Diana Taylor habla de desfiles militares, partidos de fútbol, las marchas de las Madres de Plaza de Mayo y festivales de teatro en su libro, pero también alude a la escenificación del horror (sagrado o secular) en los sacrificios aztecas, los rituales de la Inquisición, el Reino del Terror de Robespierre y los juicios de Nuremberg. La participación comunitaria es un elemento común de estos varios espectáculos públicos que conforman y deforman la sociedad, y es el elemento más vulnerable cuando esta lógica de la representación es sobrepasada por la del simulacro mediático. Moreiras Menor habla de la *violencia* que produce la entrada del espectáculo y el mercado en una sociedad desamparada por el Estado y en manos de las grandes corporaciones, y que se manifiesta en el cine y la literatura de lo que algunos dan en llamar la Generación X: Loriga, Mañas, Álex de la Iglesia, Amenábar. La mirada de estos escritores y cineastas, dice Moreiras, ya no es espectacular sino horrorizada por su propia fascinación ante la violencia y el sinsentido. La conducta en que el *desafecto* posmoderno redundaba es el *acting out*, es decir, un patológico ritual mimético totalmente desprovisto de significación comunitaria y que Moreiras ilustra con un texto de Loriga extraído de *Días extraños*, en que el narrador se queda en casa viendo *Apocalypse Now* por la tele y comienza a comportarse, en su sala de estar, como el personaje de Coppola que va en busca de Kurtz, emborrachándose y ensangrentándose en el proceso. Esta alucinante escena representa la corrupción más total del espectáculo público estudiado por Taylor. Se trata del sujeto esquizoide que actúa la violencia y se mimetiza con ella sólo por la presión que ofrece el vacío en torno a él.

Hay que reconocer, sin embargo, que no todo espectáculo mediático se presta a una interpretación esquizofrénica. Muchas veces se busca la identificación melodramática con el espectador con estrategias y resultados que las etnografías de la comunicación buscan precisar. Pero las observaciones de Cristina Moreiras nos invitan a comparar la nueva narrativa española de los noventa con su congénere transatlántica, que en el Cono Sur se podría resumir bajo el rótulo McOndo y que en Chile ha sido excluida del pensamiento postdictatorial. En un texto recogido en *Emergencias*, Diamela Eltit explica el proceso entero de la nueva narrativa chilena –es decir, la creación de autores, textos y lectores– como una manipulación del mercado editorial. Se implica también que la nueva narrativa, que está manifiestamente comprometida con los medios de comunicación, la publicidad y la cultura audiovisual de la actualidad, no tiene una visión histórica de la

sociedad sino que sus discursos consignan el pasado a lo que Marcus Greil llama *the dustbin of history*. Postdictadura, en este contexto, significaría lo opuesto de lo que significa en el marco de referencia de la crítica cultural: una superación del pasado. Con todo, valdría la pena preguntarse por el desafecto, el trauma y la violencia que se acumulan en novelas como *Esperanto*, de Fresán, *Para que no me olvides*, de Serrano, *Por favor rebobinar*, de Fuguet, *Velcro y yo*, de Retjman, *La cura*, de Peveroni, y los relatos de Cristina Civalé.

III. Conclusión

En este ensayo he usado el término “transatlántico” como cobertura para el acercamiento entre el latinoamericanismo y los estudios peninsulares de la actualidad, reconociendo implícitamente que tal acercamiento no está determinado por ninguna necesidad de fondo sino que es una opción entre otras, el resultado de un balance con déficits y superávits. Los peninsularistas pueden “integrarse” a otras entidades regionales (estudios europeos, estudios mediterráneos, etc.) mientras que los latinoamericanistas pueden o seguir mirando en dirección norte y trabajando los temas fronterizos y multiculturales que han venido caracterizando recientemente a esta área de estudios o mirar hacia el Pacífico y desarrollar programas de estudios regionales pertinentes a regiones relativamente ignoradas por los estudios culturales. ¿Qué es lo que se gana y qué es lo que se pierde al sesgar el eje topográfico y leer el mapa cultural en dirección este/oeste, hacia Europa, y no norte/sur, hacia los Estados Unidos? En un momento *rizomático* en que los temas ligados a las raíces culturales han dejado de concitar la atención entre los críticos, esta pregunta adquiere mayor relevancia. ¿Cómo no anticipar con entusiasmo proyectos de investigación que no unan ya a “España” con “Latinoamérica” sino que integren a las diversas nacionalidades españolas posfranquistas con un subcontinente americano atento a sus propias diferencias regionales?

Bibliografía

- Anderson, Danny/Jill S. Kuhnheim (2003): *Cultural Studies in the Curriculum. Teaching Latin America*. New York: MLA.
- Avelar, Idelber (1999): *The Untimely Present: Postdictatorial Latin American Fiction and the Task of Mourning*. Durham: Duke University Press.
- Castillo, Susan (2000): “Preface”. En: Kaufman, Will/Slettedahl Macpherson, Heidi (eds.): *Transatlantic Studies*. Lanham, MD: University Press of America, pp. XIII-XIV.
- Cercas, Javier/Trueba, David (2003): *Diálogos de Salamina. Un paseo por el cine y la literatura*. Madrid: Plot Ediciones.
- Cornejo Polar, Antonio (1997): “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes”. En: *Revista Iberoamericana*, LXIII, 180 (julio-septiembre), pp. 341-344.
- Delillo, Don (1985): *White Noise*. New York: Viking.
- Dorfman, Ariel (2002): *Exorcising Terror*. New York: Seven Stories Press.
- Eltit, Diamela/Morales, Leonidas (2000): *Emergencias: escritos sobre literatura, arte y literatura*. Santiago de Chile: Planeta.
- Feitlowitz, Marguerite (1998): *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*. New York: Oxford University Press.

- Fukuyama, Francis (1992): *The End of History and the Last Man*. New York: Free Press.
- Giles, Paul (2000): "Foreword". En: Kaufman, Will/Slettedahl Macpherson, Heidi (eds.): *Transatlantic Studies*. Lanham, MD: University Press of America, pp. IX-XI.
- Gordon, Avery (1997): *Ghostly Matters: Haunting and the Sociological Imagination*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Graham, Helen/Labanyi, Jo (ed.) 1995: *Spanish Cultural Studies: An Introduction*. New York: Oxford University Press.
- Greil, Marcus (1995): *The Dustbin of History*. Cambridge: Harvard University Press.
- Hart, Stephen/Young, Richard A. (2003): *Contemporary Latin American Cultural Studies*. New York: Oxford University Press.
- Hunneus, Carlos (1985): "La transición a la democracia en España: experiencias para América Latina". En: Orrego Vicuña, Francisco (ed.): *Transición a la democracia en América Latina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, pp. 165-183.
- Jameson, Fredric (1998): "Notes on Globalization as a Philosophical Issue". En: Jameson, Fredric/Miyoshi, Masao (eds.): *The Cultures of Globalization*. Durham: Duke University Press, pp. 54-77.
- Kaufman, Will/Heidi Slettedahl Macpherson (2000): "Transatlantic Studies: A New Paradigm". En: Kaufman, Will/Slettedahl Macpherson, Heidi (eds.): *Transatlantic Studies*. Lanham, MD: University Press of America, pp. XVII-XXIII.
- (2002): "Transatlantic Studies: Conceptual Challenges". En: Kaufman, Will/Slettedahl Macpherson, Heidi (eds.): *New Perspectives in Transatlantic Studies*. Lanham, MD: University Press of America, pp. XI-XXV.
- Labanyi, Jo (2000): "History and Hauntology; or What Does One Do with the Ghosts of the Past? Reflections on Spanish Film and Fiction of the Post-Franco Period". En: Resina, Joan Ramon (ed.): *Disremembering the Dictatorship: The Politics of Memory in the Spanish Transition to Democracy*. Amsterdam: Rodopi, pp. 65-82.
- Lechner, Norberto (1988): "Un desencanto llamado posmodernidad". En: *Punto de Vista*, XI, 33 (septiembre-diciembre), pp. 25-31.
- Moraña, Mabel (2000): "Introducción". En: Moraña, Mabel (ed.): *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, pp. 9-13.
- Moreiras, Alberto (1993): "Postdictadura y reforma del pensamiento". En: *Revista de Crítica Cultural*, 7 (Noviembre), pp. 26-35.
- Moreiras Menor, Cristina (2002): *Cultura herida: literatura y cine en la España democrática*. Madrid: Ediciones Libertarias.
- Moulián, Tomás (1997): *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM.
- Pagni, Andrea (2002): "Transdisciplinarietà y postdictadura: la *Revista de Crítica Cultural*. Puesta en escena de un discurso". En: Kohut, Kart/Morales Saravia, José (eds.): *Literatura chilena hoy: la difícil transición*. Madrid/Frankfurt a/M.: Iberoamericana/Vervuert., pp.135-147.
- Reati, Fernando (1997): *Memoria colectiva y políticas de olvido*. Rosario: Beatriz Viterbo Editores.
- Resina, Joan Ramon (2000): "Short of Memory: The Reclamation of the Past Since the Spanish Transition to Democracy". En: Resina, Joan Ramon (ed.): *Disremembering the Dictatorship: The Politics of Memory in the Spanish Transition to Democracy*. Amsterdam: Rodopi, pp. 83-125.
- Richard, Nelly (1998): *Residuos y metáforas: ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- (2001): *Pensar en/la postdictadura*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- (2003): "Las reconfiguraciones del pensamiento crítico en la postdictadura". En: Jáuregui, Carlos/Davobe, Juan Pablo (eds.): *Heterotropías: narrativas de identidad y alteridad latinoamericana*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, pp. 287-300.
- Sarlo, Beatriz (1994): *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires: Ariel.

- Sarto, Ana del (2001): "Fuga melancólica. Aporías del pensamiento crítico chileno sobre la post-dictadura". En: Richard, Nelly/Moreiras, Alberto (eds.): *Pensar en/la postdictadura*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, pp. 115-134.
- Taylor, Diana (1997): *Disappearing Acts: Spectacles of Gender and Nationalism in Argentina's "Dirty War"*. Durham: Duke University Press.
- Trigo, Abril (2004a): "General Introduction". En: Sarto, Ana del/Ríos, Alicia/Trigo, Abril (eds.): *The Latin American Cultural Studies Reader*. Durham: Duke University Press, pp. 1-14.
- (2004b): "Practices". En: Sarto, Ana del/Ríos, Alicia/Trigo, Abril (eds.): *The Latin American Cultural Studies Reader*. Durham: Duke University Press, pp. 347-373.
- Vilarós, Teresa (1998): *El mono del desencanto: una crítica cultural de la transición española*. México, D.F.: Siglo XXI.